

## ANGEL WAGENSTEIN

Angel Wagenstein (1922), nació en una familia sefardí de Plovdiv, Bulgaria, y pasó su infancia exiliado en París por la militancia de su familia en movimientos socialistas y comunistas. Regresó a su país tras una amnistía y, siendo un adolescente, entró a formar parte de una organización antifascista clandestina. Durante la segunda guerra mundial, participó en varios actos de sabotaje por los que fue internado en un campo de trabajo, del que se evadió para integrarse en las filas de los partisanos. Arrestado y condenado a muerte en 1944, logró salvarse gracias a la entrada del Ejército Rojo en Bulgaria.

Finalizada la guerra, cursó estudios cinematográficos en Moscú y empezó una larga y reconocida carrera como guionista y realizador. En 1959, la película *Étoiles*, de la que es guionista, recibió el Premio Especial del Jurado del Festival de Cannes. Su carrera literaria comenzó tardíamente con la publicación de la novela *El Pentateuco de Isaac* (1998), que fue el inicio de una ambiciosa trilogía dedicada al destino de los judíos en la Europa del siglo XX que completaría más tarde con *Lejos de Toledo* (2002) y *Adiós, Shanghai* (2004). Sus obras se han traducido a numerosas lenguas y han sido recompensadas con múltiples galardones (entre los que destaca el Premio Jean Monnet de Literatura Europea). Actualmente vive en Sofía.



# El Pentateuco de Isaac

A\*



**Angel Wagenstein**

El Pentateuco de Isaac

Sobre la vida de Isaac Jacob Blumenfeld  
durante dos guerras, en tres campos de  
concentración y en cinco patrias

Traducción del búlgaro de Liliana Tabákova

Primera edición en Libros del Asteroide, 2008

Octava edición, 2014

Primera edición en esta colección, 2015

Título original: *ПЕТОКНИЖИЕ ИСААКОВО*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © Angel Wagenstein, 2002

© de la traducción, Liliana Tabákova, 2008

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Revisión de la traducción: Luis Miguel Valero Días y  
Rafael Heredero de Pedro

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avión Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-16213-41-2

Depósito legal: B. 15.182-2015

Impreso por Liberdúplex S.L.U.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño colección Décimo Aniversario: Jordi Duró

El autor agradece de corazón a todos los que han rescatado, redactado, sistematizado y editado anécdotas y chistes judíos, gracias a los cuales, en los momentos más trágicos de su existencia, su tribu convirtió la risa en una coraza protectora, en una fuente de ánimo y de confianza.



*Si Dios tuviera ventanas,  
hace tiempo que le hubieran roto los cristales.*



## A modo de introducción

Aparte del título de esta, digamos, «obra» (porque no es más que una transcripción fiel y concienzuda de recuerdos y consideraciones ajenas), yo no he aportado nada, porque toda intervención de mi parte en la narración sería como un litro de vinagre que se vertiera en un tonel de buen vino y todo adorno, una pizca de levadura y sal que profanaran el pan sagrado de la Pascua. Lo que sigue, mi querido lector desconocido, incluso los más inverosímiles vericuetos y cabriolas del destino de Isaac Blumenfeld, me fue contado por él mismo: inició su relato en el Club Ruso —un famoso restaurante en la ciudad de Sofía— y lo terminó más tarde en Viena, en su casa de la Margarethenstraße, 15.

El señor Blumenfeld importaba máquinas de coser para una empresa búlgara y toda clase de enseres para la fabricación de prendas de vestir. Me buscó él mismo, porque dijo haber visto en la televisión de algún país occidental una película sobre el destino de los judíos basada en un guión mío. Agradezco al Azar este encuentro, que me ha enriquecido con una amistad más: ¿a qué riquezas puede aspirar uno, si no es a la amistad, el amor y la sabiduría?

También le estoy profundamente agradecido al propio Isaac Jacob Blumenfeld —a quien el interés que mostré por su vida jamás dejó de extrañarle— por proporcionarme los escasos restos de cartas, diarios, documentos y fotografías que sobrevivieron y que testimonian la bajeza y mezquindad de una época; pero también porque en este planeta nunca ha escaseado la buena gente de mirada inteligente y triste. Así, por ejemplo, se ve a Sara Blumenfeld, en la pequeña y vieja foto, en la que, junto con sus hijos, emprende el viaje a un balneario para acabar en las cámaras de gas de Auschwitz. Tal es la mirada del buen rabino Samuel Bendavid, que asoma desde una foto probablemente despegada de algún documento. Y así habrá sido la de muchos más vecinos del pueblito de Kolódets, cerca de Drohobych: judíos, polacos y ucranianos, que se esfumaron por las chimeneas de los crematorios y ahora sacan a pastar los rebaños de nubes blancas en las inmensas praderas azules del Señor. Tengo en mi poder un documento en inglés, expedido por el Octavo Cuerpo del Noveno Ejército de EE.UU., en que se certifica que Isaac Jacob Blumenfeld ha sido dado de baja del campo de concentración de Flossenbürg (Alto Palatinado, Alemania) y se le permite ir a Viena con los escuadrones norteamericanos. Y también un papelillo, algo así como el recibo de la facturación de un equipaje, escrito con tinta violácea y con el sello de la Fiscalía de Yakutsk, que certifica que el ciudadano Fulano de Tal ha sido puesto en libertad el día 7 de octubre de 1953 del campo de concentración de Nizhni Kolimsk, en el noreste de Siberia, y ha de considerarse completamente rehabilitado y eximido de sus cargos por falta de pruebas. En mis manos tengo también cinco documentos, según los cuales Isaac Jacob Blumenfeld ha sido sucesivamente ciudadano del Imperio Austrohúngaro, de Rzeczpospolita (o sea de la República de Polonia), ciu-

dadano soviético, persona de origen judío residente en los territorios orientales del Reich, privada de ciudadanía y de derechos civiles y, finalmente, ciudadano de la República Federal de Austria.

Miro con cariño el retrato de este hombre rollizo, de cara llena de pecas, con una corona de pelos rojizos alrededor de la calva, quien me hizo prometer que no publicaría ni una sola línea de esta biografía hasta su muerte. Y he aquí el telegrama desde Viena. Enmarcado en negro; lo leo con los ojos anegados en lágrimas y juro que no voy a callar ni añadir nada al nuevo Tanach o, dicho en vuestras palabras, al Pentateuco de Isaac Jacob Blumenfeld.



## **Palabras preliminares de Isaac. Carta al rabí Samuel Bendavid**

*Grüß Gott! Cześć, panie i panowie! Zdrávstvuite, továrischi y Shalom aleijem!* O sea, ¡Que la paz sea contigo y con tu hogar! Si me preguntas qué tal me va, te contestaré con el corazón en la mano: estupendamente bien, porque siempre podría estar peor. Y aunque no me lo preguntaras, te diría lo mismo. Porque, ¿acaso has visto a un judío que se calle lo que ya ha decidido contar?

Ya no soy joven. Estoy sentado en el balcón de mi piso en Viena —¡Viena, mi sueño dorado de siempre!—; estoy tomando un café con leche y pienso en las cosas de la vida. Alrededor de mi cabeza calva, a contraluz del sol poniente, fulge una corona de pelo que alguna vez —no sé si te acuerdas—, era de color cobrizo. Algún autor de inclinaciones líricas lo asemejaría a la aureola de un santo, pero ya que me tengo por un pecador que por pura casualidad ha sobrevivido al desastre de Sodoma y Gomorra, me recuerda más bien a un anillo de Saturno. Porque, ¿qué será este anillo sino los restos de mundos antiguos, de asteroides y planetas, hechos añicos como antiguos objetos de barro?; ¿o mitos nacionales, clarividencias y ver-

dades «eternas», que han resultado menos duraderos y más venenosos que una lata de sardinas podridas?; reichts que se suponía permanecerían mil años y no llegaron ni a doce; imperios desmenuzados, convertidos en raquíticos estados y enanos crueles y maniáticos que se autoproclamaron emperadores, padres de las patrias, dictadores, grandes caudillos y profetas, que se cagarían de miedo si pudieran leer después de su muerte qué es lo que dicen sobre ellos los manuales de Historia de primaria.

Todos estos cascajos del pasado giran no sólo en torno a Saturno sino también alrededor de mi cabeza para hacerme comprender que desde los tiempos del opresor de los judíos Nabucodonosor hasta la fecha nada ha cambiado, o como decía aquel malnacido genial que firmaba con el seudónimo de Eclesiastés: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad [...] lo que fue eso será; lo que se hizo, eso se hará [...]. He observado cuanto sucede bajo el sol y he visto que todo es vanidad y atrapar vientos...». Eso dijo, o algo por el estilo.

Alguna vez trataré de contarte cómo se cumplieron mis cinco sueños dorados sobre los que tanto hemos hablado. Ahora, en el ocaso de mis días, sé que no ha sido poco para una sola vida humana. Que se hayan cumplido mis cinco sueños es algo por lo que debería dar las gracias a Dios y al destino, si las cosas no se hubieran dado de un modo tan singular. Me avergüenza reconocer que nunca he abrigado sueños semejantes. La verdad, todo se ha debido siempre a la situación política. Conste que jamás me he interesado por la política, pero la política sí se ha interesado por mí, como si se planteara como meta principal —o como dirían los políticos «como tarea de tareas y prioridad de prioridades»— el cumplimiento de mis sueños dorados o, por decirlo así, históricos.

Son cinco, como te acabo de decir, mis sueños realizados y cinco son los libros de Moisés que prueban de modo irrefutable que mi pueblo es el elegido de Dios y, por lo tanto, está predestinado a que se le cumplan los sueños. De ahí que también yo, una motita insignificante o, si prefieres, una hormiguita de nuestro hormiguero disperso por el mundo, tenga derecho a mi propia parte, a un tanto por ciento, a mi acción de esta Sociedad Limitada de los elegidos de Dios. Por otro lado, sólo al pensar en qué es lo que nos ha pasado a los judíos a lo largo de los tiempos y al añadir mi humilde contribución —tasas incluidas—, me da por exclamar al igual que aquel aedo que deambulaba por nuestras tierras bajo el nombre conmovedor de «Que la paz sea contigo»:\* «¡Gracias, Dios mío, por el honor tan alto!, ¿pero no pudiste escoger a algún otro pueblo?».

Por favor, no busques lógica en mi destino, porque no es que yo empujara los acontecimientos, sino que éstos me empujaron a mí. No he sido la piedra del molino, ni el agua que la hace girar: he sido la harina. Y desconocidos han sido para mí los propósitos del Molinero, santificado sea su nombre por los siglos de los siglos y después del último de los siglos también.

Tampoco busques lógica en los acontecimientos históricos que determinaron mi destino, pues no la tienen, pero quizá tengan algún sentido secreto. Sin embargo, ¿acaso le es dado al ser humano conocer el secreto de las mareas, de las protuberancias solares, del temprano florecer de la nevadilla, del amor o de los mugidos de las vacas?

\* Shalom aleijem, seudónimo de Solomon Yakov Rabinovitz (1859-1915). (N. de la T.)

No me hagas, hermano, empezar la explicación de los acontecimientos políticos por aquel archiconocido disparo en Sarajevo, del que estoy hasta la coronilla, cuando un alumno de secundaria con el curioso apellido de Principio mató a nuestro inolvidable, querido, adorado archiduque Francisco Fernando, porque la primera guerra mundial ya había madurado como un absceso en el vientre de Europa, sin principios, es decir, sin el estúpido disparo del Principio este. Si algún diplomático alemán, pongamos por caso, hubiera resbalado con la cáscara de un plátano tirado en Estocolmo por el representante de la empresa francesa Michelin, hubiera sido lo mismo. No busques, por favor, lógica en mi querida patria austrohúngara, cuyo ejército invencible, dirigido sabiamente por el general Konrad von Hötzendorf se metió de cabeza en el conflicto justo cuando hasta el más tonto entre los tontos se daba cuenta de que ya habíamos perdido la guerra. ¿Acaso puede haber lógica alguna en que todos los fieles ciudadanos austrohúngaros desearan con fervor que el Imperio de los Habsburgo se disgregara en varios Estados diminutos, en uniones étnicas dudosas y en federaciones tectónicas y alzarán las banderas nacionales, limpiándose los mocos y las lágrimas al son de la cancioncilla «¡Eh, eslavos!» mientras que ahora gimotean viendo los platos rotos y recuerdan el Imperio Austrohúngaro como «los buenos tiempos de antaño»?

Dime, hermano, si hay lógica en todo esto. Fíjate en la broma macabra de cuando Serbia y Grecia, cual un par de hermanitas, se cogieron de la mano al lado de la Triple Entente, mientras que Turquía, el eterno agente británico, sabe Dios por qué se alineó contra Inglaterra. Bulgaria se hermanó con sus opresores seculares, los turcos, y se arrojó a la guerra contra sus libertadores, los rusos, quienes por su parte..., etcétera.

La primera guerra mundial es una de las ballenas en que —como diría algún pueblo antiguo—\* se va a apoyar mi relato. La otra ballena, claro está, será la segunda guerra mundial. Y si así, con los pies en sendas ballenas, decido explayarme sobre las razones y sinrazones de esta última, la más cruel entre las guerras, fácil será que me esparranque, ya que, como regla general, las ballenas históricas no suelen nadar en paralelo. Baste con recordarte al respecto de los sacros y eternos ideales nacionales, que en la primera guerra, Alemania se enfrentó a muerte con Italia y Japón, para llegar a declararlos luego, en la segunda de las guerras mundiales, sus hermanos carnales, sus aliados entrañables y no menos sagrados y sempiternos.

Un día se borrará el dolor de esta guerra, la más terrorífica de todas; llegará el momento en que su recuerdo acabará pareciéndose a la molestia obtusa de los viejos reumas, porque la gente tiende a olvidar lo malo, porque si pensáramos todo el tiempo en la muerte y en los seres desaparecidos, los labradores dejarían de labrar, los jóvenes de enamorarse, los niños dejarían de deletrear las palabras, este precioso rosario de la inteligencia. Se olvidará el dolor y entonces el sentido de las guerras se reducirá a aquella anécdota antiquísima que seguro que has oído mil veces contada de mil maneras, pero que aun así te la explicaré, porque ¿acaso puedes detener a un judío cuando se le ha metido entre ceja y ceja contarte un chiste? Esto es un polaco y un judío que andan juntos por

\* Según una antigua tradición eslava, la tierra se sostenía sobre varias ballenas, cuyo número varía entre dos y cuatro. Esta creencia aparece también en libros apócrifos o herejías cristianas (como, por ejemplo, la de los bogomiles búlgaros), que se basaban en el Cuarto Libro de Eздра, cap. IV, vrs. 47-52, en el que el profeta habla sobre la Creación. Allí aparecen dos animales: Behemot y Leviatán. Se considera que el primero era un elefante y el segundo, una ballena. (N. de la T.)

algún lugar de Galitzia.\* El judío, que se cree más listo que nadie y que se siente con derecho a dar lecciones o reírse de los demás, señala en el camino el todavía humeante excremento de un caballo y le dice al polaco: «Te doy diez zlotis si te comes esto». El polaco, hombre calculador como todo campesino, no tiene nada en contra de ganarse unos cuartos. «Vale», dice. Entonces frunce el ceño, resuella, pero se traga la mierda. El judío le da los diez zlotis pero poco después recapacita. Cae en la cuenta de que acaba de cometer la tontería de gastarse el dinero en nada y decide recuperarlo. A la vista del siguiente excremento de caballo, fresco y humeante, le dice al polaco: «¿Si me como esta mierda me devuelves los diez zlotis?». «Vale», contesta el otro. El judío resuella, frunce el entrecejo, pero se come la mierda y recibe de vuelta su dinero. Los dos siguen su camino, pero el polaco, al pensárselo, pregunta legítimamente: «Oye, si los judíos sois tan listos, ¿puedes explicarme por qué diablos nos hemos comido cada uno una mierda?». En este caso el judío se quedó callado, cosa que sucede muy pocas veces.

Digo, pues, que si me preguntas por el sentido de todo lo que pasó durante las dos guerras y en el tiempo transcurrido entre éstas, yo te contestaré a la pregunta con otra, que tampoco tiene respuesta: ¿y por qué nos comimos la mierda?

No sé, querido hermano, si vas a recibir estas líneas, porque tú también estás como una hoja a merced del aire y te llevan y te traen los torbellinos de la casualidad y el destino, vistas a la manera vuestra —la materialista— como leyes naturales del todo ordinarias. Es que vosotros, los marxistas, tenéis el don de prever las cosas y aún mejor sabéis explicar las razones por las que vuestras previsiones no llegaron a verse cumplidas. Sin

\* Región en Europa Central, situada al norte de los Cárpatos. En la actualidad entre Ucrania y Polonia. (N. de la T.)

embargo, ¿quién hubiera podido prever (si no fuera Jehová o Yahvé al que tú renunciaste —no es que te culpe, cada cual tiene sus motivos—) que tú, el buen rabí del pueblo de Kolódets cerca de Drohobych, te volverías ateo y te harías líder sindicalista!

¿Acaso alguien pudo augurar que nos volveríamos a ver cerca del alambre de púas del campo de concentración de Flossenbürg y que este alambre —símbolo de la época— nos volvería a separar en la encrucijada? Tú, para acá, y yo, para allá. ¿Acaso alguien en la Tierra, en el Infierno o en los Cielos, podía saber que el destino se mostraría tan generoso con nosotros dos, que en vez de encontrarnos en las cámaras de gas o en el edén de los judíos nos veríamos de nuevo —¿te acuerdas qué alegría?— en el gulag, allá, en el quinto pino, en alguna parte de Kazajstán? Pero tú, ZEK 1040-260 P, siendo prisionero político, debías ir a la izquierda, a las excavaciones del canal Stalin del Báltico, mientras que yo, el ZEK 003-476 B, prisionero de guerra y traidor a la patria, acababa de regresar del corazón mismo del archipiélago\* donde había estado de intérprete de los rehenes de alta alcurnia —barones, mariscales de campo, y toda clase de portadores de la Cruz de Hierro con sus respectivas Hojas de Roble— quienes, debido a sus esfuerzos en común y a su erudición exquisita habían conseguido perder —¡gracias a Dios!— aquella guerra también. Para mí, el judío insignificante, un simple soldado raso del ejército austrohúngaro y, más tarde, humilde trabajador soviético, empleado de la Cooperativa Textil N° 6 que no era otra cosa que el taller de mi padre Mode Parisienne, ¿lo recuerdas?, digo, pues, que para mí era un alto honor servir a aquellos caba-

\* Ésta es una referencia al título de la famosa novela de Aleksandr Solzhenitsyn *Archipiélago Gulag* (París, 1973). Para escribir esta obra, el autor entrevistó a 227 supervivientes de los campos de trabajo forzoso soviéticos o gulags. (N. de la T.)

llos de las Cruces de Hierro con sus Hojas de Roble. Éstos no tardaron en enterarse de que yo era un simple soldado de a pie y me obligaban a sacar brillo a sus zapatos y llevarles escudillas de infusiones grasientas, pero jamás supieron que me escondía detrás de los barracones y meaba en su té. Incluso una vez el barón Von Rodenburg —a quien, seguro recordarás, los rusos pillaron en los baños de la estación de trenes de Leipzig, disfrazado de sirvienta, tratando de colarse donde los americanos— comentó que aquel día el té tenía un sabor algo raro. Murmuré que la noche anterior habíamos comido nabo. Él preguntó con soberbia qué relación podía existir entre el té y el nabo y me permití señalar que entre todos los fenómenos de la naturaleza, señor barón, existen misteriosos lazos metafísicos. El barón me miró por su monóculo y dijo: «¡Judío, filósofo de pacotilla!». ¡Anda que no tenía razón!

No sé dónde te encontrarás a estas alturas, hermano querido, pero supongo que en nuestro pueblo, otra vez de rabí o de secretario del partido, o de policía local. Qué más da. Confío en que estés lleno de hijos y de nietos, que éstos crezcan sanos y fuertes y que tengan un futuro luminoso, porque aquel entrañable rincón de Europa es una verdadera encrucijada de las pasiones de eslavos, alemanes y judíos. Allí de los incestos hasídicos no deja de nacer algún Chagal o algún Sholem Hazímovich Rabínovich, o sea, nuestro Shalom Aleijem, mientras que en casa de los vecinos siempre nace algún antisemita destacado, quien a su manera da fama a nuestro terruño. Ojalá la levadura con la que la Historia amasa a los niños de ahora sea de mejor calidad y que vengan días de paz, fraternidad y sabiduría, para que nunca jamás, hasta el Día del Juicio Final, nadie tenga que mear en el té del prójimo. Amén.

Un beso grande de tu cuñado y amigo de siempre.

ISAAC BLUMENFELD